





EL LIBRO
DE LOS
CANTARES

PQ6571
L5
1862
C.1

010464



1080022002

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

96 21
0

EL LIBRO DE LOS CANTARES.



nsin
ersita



EL LIBRO
DE LOS
CANTARES

PQ6571
L5
1862
C.1

010464



1080022002

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

96 21
0

EL LIBRO DE LOS CANTARES.



nsin
ersita

EL LIBRO
DE LOS CANTARES,

COMPUESTO POR

D. ANTONIO DE TRUEBA.

QUINTA EDICION
HECHA DE ÓRDEN Y Á ESPENSAS
DE S. M. LA REINA.



UNIVERSIDAD DE NO. LEON
Biblioteca Universidad Alfonso
Biblioteca Universita

MADRID:
IMPRENTA DE D. LUIS PALACIOS,
carrera de S. Francisco, núm. 6.

1862.

46738

P. 6571

L 5

1822

DE LOS CANTARES

D. ANTONIO DE COMINGES

Este libro es propiedad de su autor.

QUINTA EDICION



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

AL SR. D. ANTONIO DE COMINGES

DEDICÓ ESTE LIBRO,

EN TESTIMONIO DE CARÍÑO Y AGRADECIMIENTO,

SU AMIGO EL AUTOR.

PROLOGO DE LA SEGUNDA EDICION.

El pueblo es un gran poeta, porque posee en alto grado el sentimiento, que en mi concepto es el alma de la poesía. Su espresion es comunmente desaliñada; pero en cambio siente mucho y apenas hay género de poesía que no le sea familiar. Por la mañana le vereis en una procesion elevando piadosos himnos á la MADRE DEL AMOR HERMOSO, dulcísimo nombre que el instinto poético del pueblo cristiano ha dado á la madre de Jesus; — por la tarde le hallareis en las riberas del Manzanares entonando seguidillas llenas de picaresca sal; — y por la noche le oireis cantar su amor

010464

bajo la ventana de su novia, suavizando con sus lágrimas las cuerdas de su guitarra;— unas veces respeta la gramática y otras la destroza;— tan pronto se remonta á las nubes como se arrastra por el suelo;— ora es púdico como una virgen y luego es obsceno como una ramera;— pero casi siempre es original y poeta, en todo halla poesía, todo es objeto de sus cantares.

El pueblo va narrando en verso la historia de su corazón, en presencia de los sucesos, como narraba Ercilla, el poeta oriundo de mis queridas montañas, la conquista de Arauco.

En las coplas populares veo yo algo más que coplas: veo amores desdeñados y amores correspondidos, traiciones y fidelidades, placeres y dolores, alegrías y tristezas. Cada copla popular es para mí un capítulo de la historia de un corazón.

Los recuerdos de mi niñez suministran ejemplos que justifican estas opiniones.

En la falda de una de las montañas que cercan un valle de Vizcaya hay cuatro casitas, blancas como cuatro palomas, escondidas en un bosque de castaños y nogales; cuatro casitas

que desde lejos solo se ven cuando el otoño ha quitado á los árboles sus hojas. Allí pasé los primeros quince años de mi vida.

En el fondo del valle hay una iglesia, cuyo campanario rompe la bóveda de ramaje y se alza majestuoso sobre los nogales y los fresnos, como si quisiera significar que la voz de Dios se eleva sobre la naturaleza; y en aquella iglesia se dicen dos misas los domingos, una en cuanto sale el sol y la otra dos horas después.

Los jóvenes nos levantábamos con el canto de los pajaritos y bajábamos á misa primera, cantando y saltando por los sombríos rebollarres, y los ancianos bajaban luego á misa mayor. Mientras iban á esta nuestros padres y nuestros abuelos, sentábame yo bajo unos cerezos que había frente á la casa paterna, porque desde allí se descubre todo el valle que finaliza en el mar, y poco después iban á buscarme cuatro ó cinco muchachas, coloradas como las cerezas que pendían sobre mi frente ó como los airosos lazos de sus largas trenzas de pelo, y me hacían componerles coplas para cantar á sus novios por la tarde al son de la

no perdais las esperanzas,
que yo no las he perdido. »

La niña se estremeció al oír este cantar y me pareció que asomaban dos lágrimas á sus ojos azules. Entonces, respetando su emoción, me despedí de ella, y al pasar bajo sus balcones, la oí cantar con acento tembloroso y conmovido :

«No pierdo las esperanzas
ni tú las pierdas, amor,
que tú solito, solito,
reinas en mi corazón. »

Aquella niña, dulce personificación del sentimiento y la pureza, es el tipo que después he tenido presente al pintar las vírgenes de ojos azules que ocupan el primer término en mis desaliñados cuadros.

Una noche de noviembre me alejaba yo de mi aldea ; tal vez, Dios mío, para nunca más volver ! Caminaba, caminaba por el valle arriba con los ojos arrasados en lágrimas. Comenzaban á cantar los gallos, ladraban los perros, lloraban los cárabos en la montaña, ge-

mía el viento en las copas de los nogales y mugía furioso el río, despeñándose por el valle abajo ; pero dormían apaciblemente los moradores de la aldea, escepto mis padres y mis hermanos que asomados á la ventana, seguían llorando el ruido de mis pisadas, próximo á desvanecerse entre los rumores del valle. Iba á dejar atrás la última casa de la aldea, cuando se asomó á su ventana una de aquellas muchachas que tantas veces habían ido á buscarme bajo los cerezos, y se despidió de mí sollozando. Al trasponer una colina, próximo á perder de vista el valle, oí un canto lejano y me detuve. Aquella misma muchacha me enviaba su último adiós en un cantar tan bello como el sentimiento que le inspiraba !

Más tarde, cuando pude darme razón de ciertas cosas que antes no había comprendido, y cuando quise examinar la poesía desde el punto de vista del arte, evoqué todos estos recuerdos y...—«hé aquí, me dije, la historia de los cantares populares!»

Muchas veces, soñando con mi país, que ese es mi sueño perpetuo, me figuro el mo-

mento en que Dios me permita tornar al valle en que nació. «Cuando eso suceda, me digo, habrá ya arrugas en mi frente y canas en mi cabeza. Será un día de fiesta aquel en que yo torne á mi valle nativo, y al trasponer la colina desde la cual se descubre por completo, oiré repicar las campanas á misa mayor, ¡Qué dulcemente resonarán en mi oído aquellas campanas que tantas veces me llenaron de alborozo en mi niñez! Penetraré en el valle con el corazón palpitante, la respiración difícil y los ojos arrasados en lágrimas de regocijo. Allí estará, con su blanco y sonoro campanario, la iglesia donde vertieron sobre la frente de mis padres y la mía el agua santa del bautismo;— allí estarán los nogales y los castaños á cuya sombra bailábamos los domingos por la tarde;— allí estará la seve donde mis hermanos y yo buscábamos nidos de pájaros y hacíamos silbos con la corteza del castaño y del nogal;— allí, sobre las estradas, estarán los manzanos cuya fruta derribábamos á pedradas mis compañeros y yo cuando íbamos á la escuela;— allí estará la casita blanca donde nacimos mis abuelos, y mi padre, y mis hermanos y yo;

— allí estará todo lo que no siente ni respira; pero ¡dónde estarán, Dios mío, todos aquellos que con lágrimas en los ojos me dieron la despedida tantos años há! Seguiré, seguiré por el valle abajo. Conoceré el valle, pero no sus moradores! Ved si habrá entre los dolores un dolor mas grande que el mío! Las gentes reunidas en el pórtico de la iglesia esperando el momento de entrar á misa, se asomarán al pretil que da sobre la calzada, y otras gentes se asomarán á las ventanas, todas para ver pasar al forastero. Y ni ellas me conocerán, ni yo las conoceré, que aquellos niños, y aquellos mancebos, y aquellos ancianos, no serán los ancianos, ni los mancebos, ni los niños que yo dejé en mi valle nativo! Seguiré, seguiré tristemente por el valle abajo. «Todo lo que sentía, esclamaré, se ha transformado ó ha muerto! ¿Qué es lo que conserva aquí puros é inmaculados los sentimientos que yo infundí?» Y entonces alguna aldeana entonará uno de aquellos cantares en que yo encerré los sentimientos mas hondos de mi alma, y al oirla, mi corazón querrá saltar del pecho, y caer de rodillas, y si la emoción y los sollozos no em-

bargan mi voz, esclamaré:— «Santa y tres veces santa, bendita y tres veces bendita la poesía que inmortaliza el sentimiento humano!» (1).

Desde mi niñez ha sido mi embeloso la poesía popular, desde mi niñez han derramado en mi alma inefables delicias esas coplas desaliñadas, pero ingenuas, y frescas y gratas como las alboradas de san Juan, que el pueblo compone y canta para espresar sus alegrías y sus tristezas, sus placeres y sus dolores, sus amores y su fé, su patriotismo y sus glorias. Por eso he compuesto este libro.

No busqueis en este libro erudicion ni arte. Buscad recuerdos, y corazon y nada mas. Quince años há que dejé mi solitaria aldea.

(1) Al hacerse la quinta edicion del LIBRO DE LOS CANTARES estoy decidido á dar muy en breve á luz un librito en que está consignado cuanto sentí al volver al valle natal despues de mas de veinte años de ausencia. Compuse este librito temblando y llorando de emocion, en el mismo valle,

á la sombra de un castaño
plantado cien años há
por mi abuelo Juan de Trueba
que descanse en santa paz,
como dicen sus primeros versos.

quince años há que en lugar de cantar bajo los cerezos del país nativo, canto en esta Babilonia que se alza á orilla del Manzanares; y sin embargo aun me entretengo en contar desde aquí los árboles que sombrean la casita blanca donde nací y moriré, si Dios quiere; aun se parecen mis cantares á los de quince años há. ¿Qué entiendo yo de griego ni de latin, de preceptos de Aristóteles ni de Horacio? Habladme de cielos y mares azules, de pájaros y enramadas, de mieses y árboles cargados de dorada fruta, de amores y alegrías y tristezas del pueblo honrado y sencillo, y entonces os comprenderé, porque de eso nada mas entiendo.

No faltará quien encuentre pueril el lenguaje en que generalmente espreso mis pensamientos. No hay lenguaje mas pueril que el del cariño y la inocencia, el de las madres y los niños; pero ¿dónde hay mas pureza y sentimiento que en los niños y las madres?

La mayor parte de los versos que contiene este libro se han compuesto de memoria, soñando con mi país y vagando por el Retiro, por la Florida, por la Montaña del Príncipe

Pio, por la Casa de Campo, por la Virgen del Puerto, por las praderas del Canal, por Lavapiés y el Barquillo, por donde quiera que cantan pájaros y ostenta el pueblo sus virtudes y sus vicios, que de todo tiene el noble pueblo español. Con este sistema ha perdido el arte, pero ha ganado el sentimiento.

En resumen: he compuesto mis cantares como sé, á la buena de Dios, como el pueblo compone los suyos.

Si en EL LIBRO DE LOS CANTARES he cantado y he llorado muchas veces las dichas y las desdichas ajenas, tambien he cantado y he llorado las mias, porque en mi vida hay algo que cantar y mucho que llorar!

1. (1)

INTRODUCCION.

1.

Vosotros los que bajais
el domingo por la tarde
á bailar en las alegres
praderas del Manzanares,
¿no habeis visto en la Florida,
medio oculta entre el ramaje,
la pobre casita blanca
de Anton el de los cantares?—

(1) Por la numeracion arábica que llevan las composiciones se hallarán íntegros en el Apéndice los cantares glosados, y cuantas aclaraciones han parecido al autor convenientes.